

28 de marzo, 1991

ENCUENTRO

Argentina: el lustro genocida

No habrá más penas ni olvido

Guillermo Almeyra/III y último

Hipólito Irigoyen, protopopulista, fue el padre político del peronismo. Derribado en 1930 por un golpe financiado por la Esso y apoyado por la oligarquía, después de su muerte, su partido, el Radical, cayó en manos de la tendencia que se unió al bloque dominante: así se abrió el camino al peronismo que, recordémoslo, continuó y superó al irigoyenismo, pero con otro contenido de clase. Perón a su vez, ya era un muerto cuando trató de repetir, en los 70' la política económica y social fracasada en los 50'. Su viuda y sus acólitos sangrientos prepararon el camino para el golpe actual y cayeron cuando su ministro de Economía, Rodrigo, fue derribado por una huelga general cuando trató de imponer la política que llevó al cabo en este lustro de dictadura Martínez de Hoz, el hombre de la junta Videla-Viola.

El peronismo posteriormente a Perón se prepara también a su Concordancia, como el radicalismo posterior a Irigoyen bajo la conducción de Alvear. Se prepara a ser funcional al sistema impuesto por los militares, aceptando lo esencial de su plan económico (la rebaja de los salarios reales y la conquista de la *paz social* en las fábricas) y discutiendo sólo aspectos parciales, para negociar mejor los restos del apoyo de masas que le da

el hecho de que, en defensa de su unidad amenazada, los obreros se siguen considerando, aunque sin entusiasmo ni esperanza, peronistas. Por su parte, las tendencias burguesas opositoras exigen gritando como desolladas, una flexibilización de la actual política económica que las condena y golpea, pero aceptan el centro de la misma que es la oposición a que la clase obrera tenga un papel político propio e independiente y participe en el ingreso nacional de modo proporcional al menos a su importancia, condiciones básicas para cualquier democracia burguesa.

Esta actitud de conciliación con Viola de todas las oposiciones legales y semi-legales burguesas (desde la burocracia sindical, que negocia abiertamente) hasta el peronismo oficial, el radicalismo y el PC, dejan un gran vacío a la izquierda de la fachada política de la Argentina. Viola, en efecto, puede negociar con esos aparatos, pero ellos no pueden contar con un apoyo real ni en el movimiento obrero ni en la clase media, que ven así el fin de la parábola peronista en el abandono, por el teórico económico del justicialismo, Caffiero, incluso de toda veleidad seria de reformas sociales. De este modo la herencia peronista está vacante, sin que haya posibilidad seria

de cambio profundo en la política económica de la junta (a no ser alguna flexibilización frente a sectores agrarios e industriales que no cambie lo fundamental en su política). Las bases sociales y políticas del retorno del populismo quedan así liquidadas, lo cual no quiere decir que, ante el fracaso, por motivos internacionales (políticos o económicos) del proyecto de la junta no haya un intento antihistórico de volver hacia atrás, hacia el proyecto oligárquico simplemente agroexportador o hacia una tentativa de exhumar el proyecto desarrollista o populista. Tampoco quiere decir que, carentes hoy de toda alternativa, los trabajadores no sigan todavía agrupados bajo los jirones de la bandera peronista mientras maduran su experiencia y se reorganizan, aprovechando las brechas hoy existentes en el dispositivo político burgués y la reanudación, farsesca y parcial, de una vida política oficial.

Puede afirmarse, sin temor a error, que una vez más el proletariado argentino está aprendiendo en la política internacional y en su propia experiencia, está creando una nueva experiencia, está creando una nueva dirección abajo mientras se apoya, para ello, arriba en los restos de la vieja, ya superada, pero de la cual todavía no puede prescindir. De allí saldrá, no el proyecto de democracia concedida o de apertura controlada, a la brasileña, con la que algunos sueñan, sino una Argentina socialista. En ella, como en el tango, no habrá más penas ni olvidos.